

X

¡Emigrantes!

Cuando el barco que llevaba á su hermano á la Nueva Caledonia hubo desaparecido, Guillermo de Montarón permaneció puesto de codos en el parapeto del muelle, inmóvil y presa de una especie de letargo que le paralizaba.

Echaba de menos su pasado, nada halagüeño, sin embargo, poco envidiable, con sus malos días, sus vejaciones y sus apuros, pero también con sus alegrías, aquel lazo de familia estrechamente unido que acababa de romperse, y el suelo natal del cual no se había separado jamás largo tiempo; echaba de menos sobre todo á su compañero de juventud, á su hermano Juan, de quien no se había separado ni durante el servicio militar.

Habían entrado juntos en el ejército; habían servido en el mismo regimiento de coraceros y juntos habían vuelto á su casa para vivir pobres, pero libres.

Tenían un consuelo en medio de su pobreza, y era que estaban estrechamente unidos.

Su felicidad hubiera sido no separarse jamás.

Ahora el destino les dispersaba á los cuatro vientos.

Guillermo apenas se atrevía á pensar en aquella separación y en sus causas.

Su corazón latía con violencia en el pecho al ver tales desastres.

Juan iba á Nueva Caledonia.

Es decir, á un presidio.

Tenía para diez años. ¡Una eternidad! Una vez cumplida su condena, sería internado en aquella isla maldita para siempre, sin poder salir de ella.

A esta idea Guillermo sonreía de una manera extraña.

Se decía que la Australia no está tan lejos y que Juan soportaría difícilmente esta perpetua relegación.

Teresa había huído para ocultarse en París.

Marcelo luchaba, sin duda, en el extranjero con la fatalidad que le agobiaba. Esto era indudable, aunque él no se atrevía á decir nada á su familia, á fin de evitarla disgustos.

Pedro permanecía en su puesto en la casa vacilante, tratando de conservar este último asilo á la familia, que estaba arruinada.

¿Pero podría conseguirlo?

Era dudoso, á causa de las deudas, cuya carga se hacía cada vez más pesada.

Y él, Guillermo, apoyado en las piedras de un parapeto, en frente de la gran bahía de un río que jamás había visto, en una ciudad en donde no conocía á nadie, permanecía indeciso, reflexionando, sin saber lo que había de hacer.

No tenía en el bolsillo más que trescientos francos. Ni más equipaje que la ropa que tenía puesta y algunos pingos que se había dejado en una mala posada del arrabal, en la carretera de Niort, y esto era poco equipo para emprender un viaje largo.

Sin embargo era preciso decidirse.

¿A qué?

No sabía nada, ningún oficio: no sabía más que leer y contar: lo que se aprende en una escuela de aldea.

Pero era robusto, de una salud á toda prueba, valiente, buen jinete, gran andador, y las aventuras no le asustaban.

Si al menos hubiera tenido á su lado á su hermano Juan, su inseparable, hubiese tenido más ánimo, más resolución.

¡Pero Juan estaba perdido por siempre para él, á menos de un milagro!

El ancho pecho de Guillermo se henchía por la cólera.

¿Qué mal había hecho aquel estúpido de abogado al impedirles que declararan la verdad!

¿Qué jurado les hubiera condenado si hubiesen dicho que Juan había sorprendido á Rolando de Corbiere en su casa, en la cual se había introducido como un malhechor, de noche, y que en un acceso de indignación, Juan le había ahogado entre sus brazos, arrojándole por la ventana después?

Juan quiso decirselo así á los jueces, y tenía razón.

Pero aquel La Gigonniere se había opuesto á ello.

No le había valido su astucia; había querido molestar al jurado, y el jurado se había resentido.

Guillermo Montarón se decía, con su fiera rudeza de aldeano, que él hubiera hecho lo que hizo el jurado.

Pero, en fin, el daño estaba hecho, y aquel pobre Juan pagaba por los demás.

Tal vez le pudieran sacar del presidio.

¿Cómo? ¿Con qué recursos?

Guillermo seguía pensativo, con la espalda vuelta hacia el muelle, los ojos fijos en el río, en donde todo había desaparecido, cuando le hizo medio volverse una mano que se posó sobre su hombro, y una voz que le dijo:

—¡Eh, amigo mío!

—¿Qué queréis?—preguntó á su interlocutor

Era éste un hombre alto, de unos treinta y cinco años escasos, de rostro tostado por el sol, de nariz recta, ojos vivos, labios cubiertos por un espeso bigote negro, á pesar de que en su cabeza se veían ya algunas hebras plateadas.

—¡No tenéis aspecto de divertiros!—le dijo.

El desconocido vestía como los ricachones de los pueblos, americana de terciopelo, pantalón de paño, polainas de cuero sobre gruesas botas y sombrero color café oscuro.

Guillermo le miró un instante con curiosidad, diciéndose para sí que él debía haber visto aquella cara en alguna parte, pero sin fijar su recuerdo, y le contestó bruscamente:

—¿Por qué os dirigís á mi? ¡No os conozco!

El otro no se incomodó.

—Me dirijo á vos—dijo,—porque me acuerdo de vuestro tipo. ¡Hace tres días que estáis en Rochefort!...

—Es exacto.

—Y todos los días os he visto andar por el muelle. ¿Teníais algún amigo en el barco de la Nueva Caledonia?

—¿Qué os importa?

—¿Si no lo hubiéseis tenido, á qué perder el tiempo en dar vueltas alrededor de un barco, como una corneja alrededor de un campañario?

—¿Sois de la policía para espiarme?

—Francamente, no tengo aspecto de eso—dijo el desconocido sonriendo.—Yo seré más franco que vos. Soy el vizconde Felipe de Fleuse...

—¿De Cour-Cheverny? — exclamó Guillermo.

—Sí, de Cour-Cheverny.

—Vuestro apellido me es conocido.

—¡Ah!

—Hace muchos años que lo oí por primera vez.

—¿Puesto que conocéis mi apellido, conoceréis, tal vez, mi historia?

—Vagamente... Sé que érais gran cazador, muy campechano, y que os gustaban las bromas, las francachelas...

—Eso es poco más ó menos.

—Poseáis una bonita fortuna.

—¡Que ya no poseo!

—¡Bah!...

—¡Me la he comido y de la manera más estúpida del mundo!...

—¿Cómo?...

—Mis padres eran económicos, vivían en su casa á la antigua moda, recibían amigos, los obsequiaban y eran enemigos de la ciudad, prefiriendo vivir en el campo en donde el desahogo es más fácil. Los bosques, los jardines, la

pesca en nuestros estanques de Sologne, la caza en nuestrás tierras, son placeres baratos y nuestras viñas daban vinillos que dispensaban el tener que comprar otros... Cuando fui dueño de mi fortuna, renuncié á sus costumbres y me lancé como un loco en la corriente de las ideas nuevas. Vendí buenas tierras para comprar malas acciones; llené mi cartera de valores—palabra demasiado embustera—que no enriquecen más que á los canallas que los venden y no representan al cabo de cierto tiempo más que el precio del papel que os dan en cambio de vuestro dinero. En resumen, aquella fortuna, que databa de siglos, se derritió entre mis manos como se derrite el hielo por el sol en el mes de abril. Pero soy testarudo. Espero rehacerme—esto se espera siempre—en un negocio al que los periódicos dan mucho bombo, pues todos los días traen reclamos de él. Hipotecué los bienes que me quedaban y me los embargaron, los compró un parisien, sin duda alguno de esos caballeros de industria que me han estafado y va á matar mis conejos y fusilar mis perdices, que no tengo más remedio que abandonarle. He aquí mi historia. No tiene nada de agradable, me he conducido como un tonto; pero mi historia se parece á otras muchas, y si esto fuera un consuelo, podría decirme que á otros muchos les ha ocurrido lo mismo.

El vizconde parecía tomar su ruina con paciencia y con bastante buen humor.

—En fin—concluyó diciendo,—por el momento heme aquí en Rochefort, tomando in-

formes, estudiando la brújula y el viento, como un marino dispuesto á embarcarse para cualquier país, á fin de buscar allí fortuna; tengo todavía cierto número de billetes de mil francos que la casualidad ha querido dejarme. Si me dirijo á vos, es porque me ha parecido que os encontráis en el mismo caso que yo.

—¡Menos en lo de los billetes de mil!—replicó vivamente Guillermo.

—¿Pero tendréis algo, al menos?

—Unos trescientos francos de cuatrocientos que me prestó un amigo.

—Poco es; pero con energía...

De Fleuse se interrumpió.

—¿Para conocer mi nombre—dijo—debéis ser del país?

—Sí.

—Esperad... Me parece recordar que os he visto en otra parte; pero al diablo si recuerdo donde...

Miró á Guillermo de arriba á abajo con mucha atención:

—¡Creo que si recuerdo... hace poco tiempo, en la Audiencia de Blois... en donde estuve cuando el célebre proceso de la muerte del señor de Corbiere!... Tres días hace que me pregunto dónde os he visto... ¡Sois... sí... eso es... sois uno de los acusados... un Montarón!

—En efecto.

—Guillermo, ¿no es verdad?

—El mismo.

—¡Pues bien! Podéis decir que no tuvisteis suerte... ¡Y es que estuvisteis mal defendidos! ¡Una defensa soberbia!... ¡La absolución era se-

gura!... ¡Todo el mundo está conforme en esto!... ¡Ese necio de La Gigonniere ha sido la causa de todo!... ¡Es como esos vendedores de papel para envolver, á diez céntimos el kilo!... ¡Pero no es malo en el fondo! El dice á voz en cuello que se condujo como el último de los imbéciles, que no está conforme con la sentencia y que trabajará hasta conseguir que indulten á su desgraciado cliente...

Y luego añadió:

—¡Ah! ¡Sois un Montarón! ¡Todo se explica! ¡Habéis venido á ver embarcar á vuestro pobre hermano... ¡Muy bien, eso es! ¡Un Montarón! ¡Tenía yo así como una especie de presentimiento de ello!... ¡No me separo de vos!... Vuestro asunto no me espanta, os lo aseguro, me parece que he comprendido bien lo ocurrido.

Tendió la mano á Guillermo que le presentó la suya con cordialidad.

Una brisa bastante desagradable soplaba del Norte.

—¡Brrr!—exclamó el vizconde, se hiela uno.—¡Entremos en cualquiera parte, si queréis, y hablaremos!

É indicándole una taberna situada al otro lado del muelle, á poca distancia del sitio donde estaban, añadió.

—Vamonos allí si os parece.

Guillermo lanzó una última mirada á la inmensidad del mar, en que su hermano se encontraba en camino para la Nueva Caledonia y siguió á su compañero.

Guillermo había oído hablar del vizconde hacia mucho tiempo.

En Sologne, ó más bien en los confines de la Turena, el apellido de Fleuse era muy conocido y estimado.

El vizconde abrió la puerta del café y dejó que su compañero pasara antes que él.

Marineros, gentes del puerto, obreros y soldados llenaban en local.

Felipe de Fleuse se apoderó de una mesa que estaba en un rincón, se sentó en frente de Guillermo y ordenó:

—¡Mozo, dos maderas!

—Está bien—contestó el mozo.

—Decíamos—dijo el vizconde, dirigiéndose á Guillermo—que parecía que estabais consultándoos lo que ibais á hacer.

—No lo decíamos, pero es exacto.

—¿Y no habéis decidido?

—¡No, á fe mía!

—¿Pero queréis abandonar el país?

—Si puedo...

—¿Iros lejos á buscar medios de existencia?

—Es preciso.

—La fortuna si quiere mezclarse en vuestros asuntos y ayudaros...

—No deseo otra cosa.

—Lo mismo me ocurre á mí. Yo no he venido á Rochefort con otro objeto. Comprenderéis que después de haber tenido una posición como la que he tenido, no puedo ponerme á vender tabaco y sellos en un estanco, sobre todo en un país en donde todo el mundo me conoce.

—Tenéis razón.

—Y aun para conseguir un estanco es pre-

ciso estar muy á bien con algún ministro ó con su querida.. Yo prefiero irme al diablo, con tal de salir de aquí.. He pensado en el Tonkin... Esto es demasiado aventurado... Los amigos me lo han quitado de la cabeza. Allí no hay más que funcionarios que lo devoran todo. No hay en qué ocuparse. En la América del Sur se podría tal vez... pero la Nueva Caledonia me agradaría... Es un Eldorado á explotar, una mina que cabar.

—¿Crecis que?...

—No lo sé... pero así me lo han asegurado. Me han dicho que allí se pueden criar animales soberbios, cultivar café, tabaco... y qué sé yo cuantas cosas más.

Guillermo no tenía más que un pensamiento.

Si estuviese en la Nueva Caledonia, estaría cerca de Juan y tal vez pudiera ayudarle á evadirse... Entonces se irían juntos á cualquier parte, á Australia, por ejemplo, y sobre esto formaba todo un plan de campaña.

Con perseverancia y trabajo se arreglarían para vivir en cualquier rincón desierto, cazando ó cultivando terrenos.

Pedro y Teresa irían á unirse á ellos y crearían otra patria, puesto que les era imposible la vida en la suya.

Se lo dijo al vizconde, y éste aceptó la idea.

—¡Ya veréis!—decía Guillermo.—¡Juan será un excelente compañero!

—¡Vamos allá!—dijo Fleuse.

Y añadió con alegría, levantando el brazo:

—¡A vuestra salud y la de Juan!

No parecía preocuparse mucho por la pérdida de su fortuna y aceptaba con resignación su nueva y precaria situación.

—He cometido muchas tonterías—dijo,—y las pagaré... ¡Eso se paga siempre!

Como Guillermo Montarón, tenía en su favor todo lo que se necesita para convertirse en un perfecto aventurero: vigor, salud, resolución y facciones expresivas, acentuadas, bastante duras por naturaleza, pero que se hacían simpáticas y de una dulzura extrema cuando sonreía.

Se mostró encantado por el hallazgo que había hecho.

—Es una buena casualidad para mi el encontrar un compañero como vos—dijo.—Cuando se está lejos del país, piensa uno en el siempre. Por muy ingrato que nos sea, siempre se le recuerda con cariño. Hablaremos de él. Me agradais. Yo soy amigo de vuestro abogado. He oído hablar mucho de vos y de los vuestros. Puedo decirlo. Os conocía á fondo sin haberlos visto. Estoy seguro de que viviremos en buena inteligencia. ¿Queréis?

Guillermo hizo algunas observaciones.

Insistió en su escasez de recursos y en la desigualdad de sus situaciones. De Fleuse tenía aún bastante dinero para intentar cualquier empresa, él apenas tenía para pagar el pasaje en un barco de emigrantes.

—¡Bolsillo comun!—dijo el vizconde.—Yo tengo unos cien mil francos. Conseguiremos nuestro propósito. Vos me ayudareis... ¡Que no os detengan esos escrúpulos! ¡Solo, se tiene poco ánimo; unidos seremos más fuertes!

Guillermo tenía otra razón para mostrarse indeciso. Un deseo secreto le empujaba hacia París; sabía que su hermana, la pobre Teresa, debía estar allí: le costaba mucho trabajo dejarla sola entregada á todos los peligros á que está expuesta unajoven sin sosten.

El cazador de topes le había tranquilizado algo al prometerle velar por ella; si sabía algo puesto que ella debía tenerle al corriente de lo que ocurriera.

Su nuevo amigo ahogó esos escrúpulos.

—Yo también—le dijo—he dejado tras de mi recuerdos que debieran retenerme; pero en París, ¿qué podemos hacer por los que nos quieren? ¿Qué conseguiríamos? un mal empleo que no nos daría ni aun para nosotros mismos. Vámonos á buscar fortuna, exploremos.

Si no encontramos nada, siempre será tiempo de volver á Francia, de ir á París, ese refugio de desesperados, avergonzados de su decadencia, y de hacernos cocheros ó mozos de cuerda. En cualquier sitio que nos encontremos hallaremos medios de tener noticias de los seres que nos son queridos y tal vez de poder ayudarles. ¡Marchemos!... ¿Está dicho?

—¡Está dicho!

Guillermo se sentía arrastrado por el calor con que hablaba su compañero.

Dos parroquianos que desde hacía una hora estaban sentados en la mesa inmediata á la en que estaban sentados Guillermo y el vizconde, se volvieron hacia ellos.

El vizconde hablaba bastante alto para ser oído.

Uno de aquellos parroquianos, marinero muy curioso, de cabeza enérgica, con el cuello de su traje azul con ribetes blancos, la gorra de ordenanza y la blusa con botones muy limpios, dijo al otro:

—Tiene mucha razón ese paisano. Dos de mis hermanas quisieron ver ese condenado París, en lugar de estarse en el país ganando quince francos mensuales honradamente. Unos parisienses que fueron á Fourac á pasar el verano, las llenaron la cabeza de aire, y se fueron. ¡Miseria! ¡Eran dos jóvenes hermosas! La más joven murió á los dos años, no se sabe de qué. ¡Está enterrada en Cayena!

—¿En Cayena?...—dijo el otro sorprendido.

—¡Tú te burlas de la gente!

—¡Nada de eso! Cayena es un mal campo, llamado así porque allí es donde entierran á los infelices que no tienen dinero para pagar la sepultura, ó en el Mont Parnasse; la otra agoniza en el hospital de San Antonio, é irá á parar adonde su hermana.

Golpeó con su vaso la mesa, murmurando entre sus dientes, amarillos á fuerza de masticar tabaco:

—¡Maldito París!

Y para desechar aquellas lúgubres ideas llamó con fuerte voz:

—¡Mozo, dos *bitters* primera calidad!

Al mismo tiempo dirigió á sus vecinos un saludo amistoso y dijo en voz alta:

—¡Truenos de Dios! ¡Estos señores tienen muchísima razón en marcharse! ¡Si yo pudiese hacerlo!... ¡La Nueva Caledonia es un paraíso!

Es decir, que cuando se la ha visto le dan á uno ganas de hacer motivos para que le sentencien y le envíen á ella.

—¿Habéis estado allí?

—Dos veces á bordo del transporte *Garonne*. ¡Un mal zueco!... Dos meses de travesía... ¡No hay necesidad de decir que es del gobierno!... Si marcháis, id á Marsella. Allí encontraréis barcos en donde iréis muy bien... ¡En las Mensajerías, por ejemplo!

—¡Gracias!

Volvió á encender su pipa, que se habia apagado, trincó con su compañero, diciendo:

—¡A tu salud, querido!

Y volviéndose de nuevo hacia el vizconde y Guillermo, repitió:

—¡Sí, un mal zueco, os lo aseguro!